



AVISO LEGAL

Artículo: Historia de dos ciudades

Autor: Zea, Leopoldo

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 5, año VII, núm. 41 (septiembre-octubre de 1993), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1993). Historia de dos ciudades. *Cuadernos Americanos*, 5(41), 175-179. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1993 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México.

<https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- > Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- > Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- > No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- > Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

HISTORIA DE DOS CIUDADES

Por *Leopoldo ZEA*
CCYDEL, UNAM

Sr. Dr. Stanislaw Myganowski,
Alcalde Mayor de la Ciudad de Varsovia:

EN REPRESENTACIÓN DEL LICENCIADO MANUEL CAMACHO SOLÍS, Regente de la Ciudad de México, le hago expreso su agradecimiento por la invitación que le hiciera para visitar esta Ciudad bajo su digna regencia y a participar en los trabajos que se realizan en la Universidad de Varsovia dentro del VI Congreso de la Federación Internacional de Estudios sobre América Latina y el Caribe, del cual es usted patrocinador. El Regente de la Ciudad de México lamenta mucho no poder visitar, en esta ocasión, la hermosa y hospitalaria capital de Polonia, aunque espera hacerlo en un futuro cercano.

La historia de Varsovia, capital de una nación de diversas fronteras, es conocida por los mexicanos. Sabemos lo que esta ciudad ha sufrido por la agresión de sus vecinos en el Oeste y el Este. La de los caballeros teutones por un lado y tártaros y turcos por el otro en la Edad Media. En la Edad Moderna, sus poderosos vecinos, el Imperio Ruso, el Imperio Austriaco y Prusia, que la reparten como nación, con su presencia en la ciudad. De igual manera la presencia de Napoleón I de Francia, que llenó de esperanzas a este pueblo; esperanzas que no fueron realizadas. Será al término de la Primera Guerra que Polonia adquiera su libertad. Chopin alentó con su música el patriotismo nacional. En la Segunda Guerra Mundial otros teutones invaden y arrasan Varsovia hasta sus cimientos, para que nunca más vuelva a levantarse. Pero Varsovia, como Ave Fénix, emergerá de sus cenizas piedra por piedra.

Veamos ahora a la Ciudad de México que se alzara en el siglo XVI sobre las ruinas de la que fuera capital del imperio azteca, Tenochtitlán. El 13 de agosto de 1521 se rindió ante sus agresores el

último emperador de los aztecas, el joven Cuauhtémoc. Los males no llegaron de ningún pueblo fronterizo, sino de lejanas tierras al otro lado del Atlántico, de Europa, de España. En el lugar donde se dio la rendición, en Tlatelolco, hay una placa que dice: "No fue derrota ni fue victoria, sino el doloroso nacimiento de un pueblo mestizo". La ciudad que con admiración describieron Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo fue arrasada para que sobre sus ruinas se alzara la capital de la Nueva España. Sobre el Templo Mayor se levanta la Catedral cristiana. Sobre otras ruinas de la ciudad se alzaron edificios y palacios para los vencedores y sus descendientes.

Pero los que construyen la nueva ciudad son los mismos vencidos en la guerra de conquista, los cuales ponen su sello en lo que edifican. Surge así una nueva arquitectura a través de la cual se mestizaba lo que se quería enterrar con lo que se quería sobreponer. Sobre la diosa Coatlicue se puso a la Virgen de Guadalupe, cuyos rasgos eran distintos de su homónima en Extremadura. Cruces cristianas con adornos indígenas. La ciudad es a su vez transitada por gente nueva, que expresa el mestizaje de etnias, hábitos y culturas. Criollos, mestizos, hijos de españoles e indias y gente traída de la lejana África para hacer el trabajo que no podían resistir los indígenas. El conjunto origina una extraordinaria variedad de combinaciones étnicas y culturales que perfilan un nuevo mundo.

El mismo Hernán Cortés, conquistador, destructor y recreador de la ciudad, enamorado de una mujer de esta tierra, la Malinche, se va sintiendo enraizado en tal tierra y cada vez más lejano de su lugar nativo. Martín Cortés, fruto de este amor, se aferra a la etnia de la madre y se convierte en el primer conspirador para independizar a estas tierras de la lejana metrópoli. Mexicano era ya lo que iba surgiendo, tanto en la arquitectura como en las artes y las letras.

Las preocupaciones de un Martín Cortés se mantienen a lo largo de tres siglos de coloniaje. A fines del siglo XVIII llegan a México los ecos de dos grandes revoluciones: la Revolución de Independencia en 1776 de los que serían los Estados Unidos de la América del Norte y la Revolución Francesa, que defiende la libertad y dignidad de los hombres de 1789. En la ciudad se reúnen los mexicanos para estudiar sus lecciones haciendo propias sus ideas y conspirando para realizarlas.

En 1779, un joven caraqueño de 16 años visita la Ciudad de México y entra en contacto con los conspiradores de la libertad; este joven se llama Simón Bolívar. En 1803, un extraordinario sabio alemán, Alejandro de Humboldt, visita y describe a la Ciudad

de México como la Ciudad de los Palacios, maravillado por lo que allí se ha levantado. Ya es el México del gran arquitecto Tolsá, que dejó, entre otras maravillas, el Palacio Real de Minería. La presencia de Humboldt en México, como en otros lugares de América, alentará los afanes independentistas. Éstos tomarán cuerpo en el grito de independencia dado en la Ciudad de Dolores, en Guanajuato, el 15 de septiembre de 1810. Se inicia una larga y sangrienta guerra encabezada por Miguel Hidalgo. La Ciudad de México será la fortaleza del dominio español. Pero un militar realista criollo, Agustín de Iturbide, se pliega con hombres y armas a los rebeldes, posibilitando los sueños de independencia de los mexicanos en 1821. Las tropas insurgentes ya vencedoras desfilan por la Ciudad de México con la nueva bandera tricolor.

En 1821, la ambición de Agustín de Iturbide se hace realidad al coronarse emperador en la Iglesia de la Profesa, como Napoleón en Francia. Imperio efímero, pronto aplastado en 1823 por las fuerzas que en México se preparaban para hacer posible el futuro nacional. Luego la lucha por este futuro entre conservadores y liberales de las que será testigo la Ciudad de México.

Del otro lado de la frontera, de Estados Unidos, de la nación cuyas banderas e ideas habían nutrido los ideales de emancipación mexicana, llegan extraños reclamos. El presidente de esa nación, James Monroe, en 1823, habla de una "América para los americanos", que sólo quiere decir una América para los estadounidenses. En 1847 el reclamo se hace expreso con la invasión y guerra declarada a la República Mexicana. Los mexicanos ven con dolor cómo cae la Ciudad de México en manos de los invasores un septiembre de ese año, el mismo mes en que años antes se iniciara la guerra de independencia frente a España. Los soldados de las barras y estrellas desfilan por la Ciudad de México. Su salida será pagada con la pérdida de más de la mitad del territorio mexicano.

Nuevamente en 1862, otra vez del otro lado de los mares, de Europa, llegaron agresores enarbolando la bandera que había también inspirado muchos de los ideales de independencia mexicanos: la bandera de la Revolución Francesa. En 1864 llega a la ciudad el hermano del emperador de Austria, Maximiliano, para presidir un nuevo imperio, que será tan efímero como el del criollo Iturbide. Las tropas liberales mexicanas en su lucha acabarán acorralando al emperador y a los conservadores mexicanos que le habían apoyado. El emperador y éstos pagarían el costo de la agresión, fusilados en El Cerro de las Campanas de la Ciudad de Querétaro, en junio de 1867.

En 1867 regresan a la Ciudad de México las tropas liberales y con ellas el presidente Benito Juárez. Éste ha escuchado a Gabino Barreda, discípulo de Comte, hablando de un nuevo orden positivo que supere al coloniaje y a las violentas guerras por la liberación. Juárez le encargó la educación del país. Había que formar mexicanos para ingresar al progreso de pueblos como Estados Unidos y Europa. Se inicia el cambio mental de los mexicanos con la Escuela Nacional Preparatoria, en la antigua Escuela de San Ildefonso levantada por los Jesuitas en la Colonia.

Paradójicamente la misma Francia, expulsada con el triunfo de las fuerzas liberales mexicanas, se hace expresa a lo largo del gobierno del liberal Porfirio Díaz. En la ciudad se levantan ahora edificios cuya arquitectura es semejante a la de las capitales modernas europeas; se construyen casas con techos de tejas para nieve, en un lugar donde nunca cae nieve. Se afrancesa el gusto por la cultura como se sajoniza la política. Al orden para el progreso de Comte sigue el orden para la libertad de Spencer. Treinta años de una larga tiranía honrada, pero no por ello menos tiranía, acaban cansando a los mexicanos.

Una gran revolución estalla en noviembre de 1910. En 1911 llega a la capital mexicana Francisco I. Madero, el jefe de la Revolución, que obliga a Porfirio Díaz a exiliarse en Francia. Pero pronto la traición de los militares origina la contrarrevolución de 1913 con el asesinato del presidente Madero, en la Decena Trágica que origina esta traición, que llena a la Ciudad de México de ruinas y de sangre. La Revolución se extiende a lo largo del país, con el enfrentamiento de distintas facciones revolucionarias las cuales van alternando en la ocupación de la capital. Por ello en la Ciudad de México desfilan los constitucionalistas de Venustiano Carranza, los dorados de Francisco Villa y los campesinos de Emiliano Zapata.

Del desorden, sin embargo, va surgiendo el orden plasmado en la Constitución de 1917 y que posibilita la formación del Partido Nacional Revolucionario en 1929, que hace que el descontento armado se vaya canalizando institucionalmente.

La Revolución se institucionaliza con presidentes como Lázaro Cárdenas que pone el acento en la Justicia Social y Miguel Alemán, que lo hace en la Libertad como instrumento de desarrollo económico y social. Le siguen otros muchos más buscando el equilibrio entre Justicia Social y Libertad tal como lo plantea en nuestros días el presidente de México, Carlos Salinas de Gortari.

El México Moderno está simbólicamente expresado en un rincón de la Ciudad de México, Tlatelolco, en la Plaza de las Tres

Culturas. El mismo lugar donde hace cerca de cinco siglos se rindió el último emperador de los aztecas, Cuauhtémoc. En esta Plaza converge el pasado indígena y el colonial y, asimilándolos, el presente, el México moderno.